

# LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LVI

MADRID, 12 DE FEBRERO DE 1922

NUM. 19.665

MOTIVOS  
DE LEYENDA

## LA CAPA DE MONTEMAR

De todas las capas que lucen la gallardía de sus vuelos en el retablo del elogio y la glosa, ninguna ocupa menos la imaginación de poetas y comentaristas que la del estudiante D. Félix de Montemar. Y, sin embargo, nada más bello y más representativo que esta airoso capa, cubriendo con sus negras sedas la figura galante y retadora que palpita con un ritmo de audacia y de aventura en los versos magnos de Espronceda.

Todos los años, cuando llega el otoño, con su cortejo de cielos grises y tardes de oro viejo, se abre sobre los escenarios, como una flor de púrpura, la capa encarnada de Don Juan... En las exaltaciones españolistas, triunfa siempre, como una noble túnica protectora, la capa de un capitán de los Tercios, una escarlata capa vencedora que onduló triunfalmente bajo la melancolía de los cielos de Flandes o bajo la pompa luminosa de los cielos de Italia... Y cuando sobre nuestros días ríe el amable encanto de una evocación goyesca, es tema obligado la capa del chispero, la capa que fué alfombra para el paso de las gemelas maravillas carnales de unos pies femeninos...

Solamente la capa de Don Félix permanece un poco olvidada entre los recuerdos y los motivos de la leyenda. Y, no obstante, esa capa tiene la preterita fragancia de una reliquia y el valor representativo de un símbolo.

Es una reliquia, porque recuerda los días lejanos en que España resplandecía por su triunfo, que era el triunfo de sus hombres, soldados, poetas, místicos o aventureros, cruzados siempre de un ideal, de una ambición o de una gloria...

Y es un símbolo, porque representa toda la alegría y toda la pasión de la estudiantina. La capa de Don Félix es la capa de los estudiantes. Es la prenda que embozó sus siluetas y cubrió su corazón aturdido y alegre, siempre estremecido por una ilusión o un amorío. Es la prenda que se colgó muchas veces del balcón o la reja de una amada, mientras la pasión se hacía fuego en los ojos y madrigal en los labios...

La capa de Montemar es la capa de la estudiantina. Ella evoca los claros días en que paseábamos nuestros sueños y nuestras ambiciones sobre los claustros un poco melancólicos de la Universidad, y en que huían nuestras pupilas de las severas togas doctorales, negras como un presagio, para mirarse en el maravilloso espejo de unos ojos de mujer, luminosos como una quimera...

Días locos de la estudiantina... Días en que el caudal bendito de la alegría se desbordaba en nuestras venas y la canción tumultuosa de la juventud vibraba sobre nuestra sangre... El amor rezaba junto a nuestros oídos sus más bellas oraciones; la esperanza deshojaba ante nues-

Había en nuestros labios un constante florecer de canciones y madrigales; en nuestros ojos, un incesante fulgor de deseos y locuras, y en nuestras almas toda la alegría, toda la luz, toda la fragancia, todo el cálido desbordamiento sensual de un Sábado de Gloria...

cuando nos sonreía prometedoramente el alma alocada y caprichosa de la vida...

La mejor, la más buena y la más exaltada alegría de nuestra existencia, ríe en los días venturosos de la estudiantina, de la cordial época simbolizada por esta negra capa de Montemar. La capa amplia y señorial, que fué como

un airón de aventura y libertinaje en las noches lunadas, cuando Salamanca, dormida en su grave sueño, recortaba su silueta sobre el azul profundo del cielo castellano y el amor encendía lámparas de ilusión junto a las rejas bordadas de ofrendas y claveles...

La capa de Montemar ondeó, colgada de los hombros del estudiante, cuando el amor de Elvira rondaba las calles teñidas de plata y de azul por las pálidas saetas de la luna... Onduló también cuando, en los nocturnos llenos de idilios y azahares, Don Félix, olvidando el alma desesperanzada de Elvira, era una brasa más en la hoguera del pecado, o lograba el beso de unos labios a estocadas, o esmaltaba las calles salmantinas, tras los rápidos destellos de un desafío, con la roja sangre de un corazón...

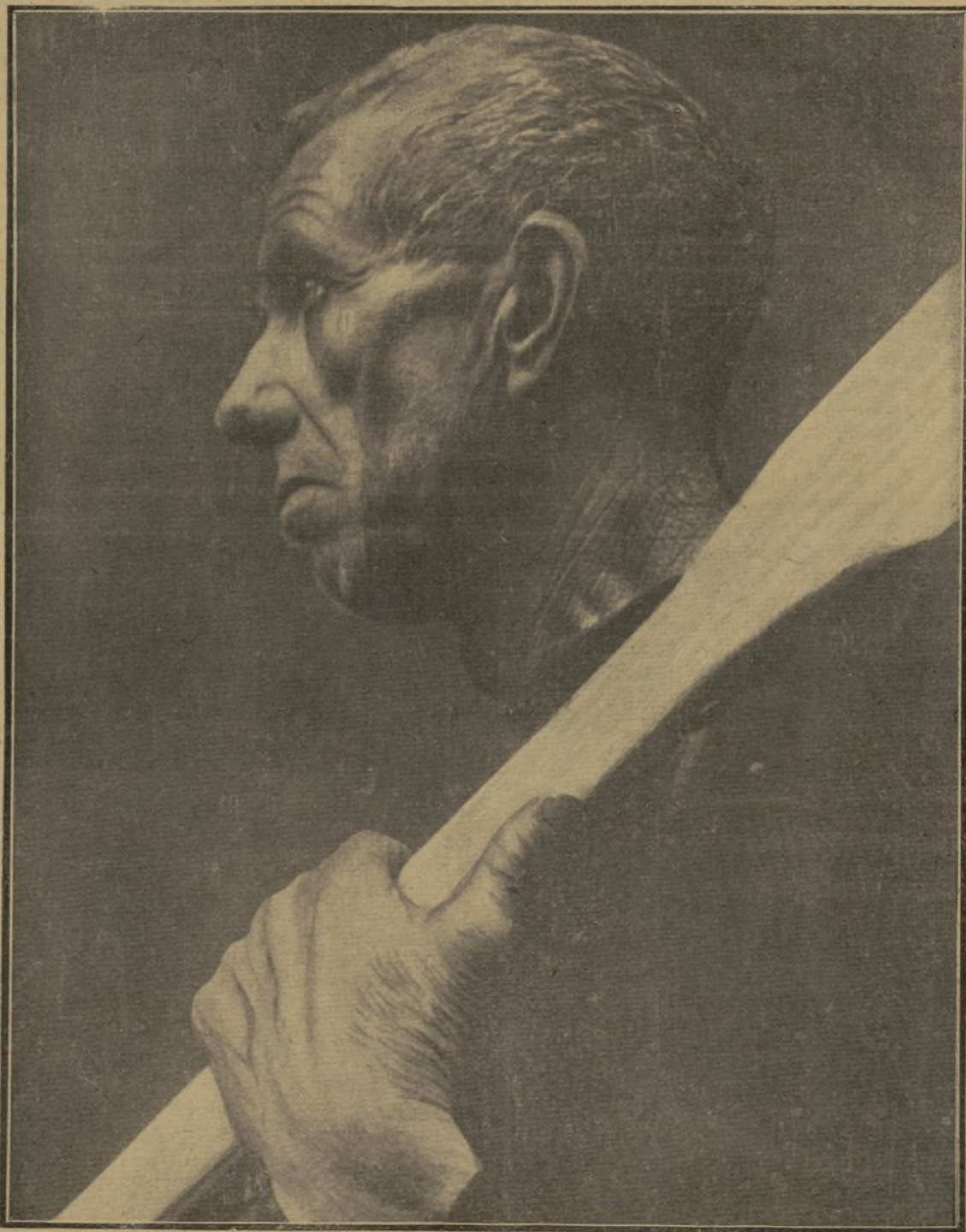
Y flameó también bajo los techos de la Universidad gloriosa, que escuchó la voz del fraile-poeta, del que siempre tenía una plegaria entre sus labios, en sus ojos una calentura de amor divino y en su alma una lírica floración de rimas de misticismo y serenidad... En las mismas aulas en que fray Luis deshojaba las páginas de su encendido fervor, se agitaron, acaso, los vuelos de la capa de Montemar, de la capa que llevaba prendidos en sus sedas los corazones de las amadas en cuya reja el amor sólo daba pasionarias de olvido, de dolor, de desesperanza...

Pero sobre todo, en la capa de Don Félix—prenda de galantería y de recuerdo—triunfa el espíritu de la estudiantina, que es inquietud y alegría de alma joven. La pasión que puso un ritmo de fiebre en nuestra sangre; el madrigal que rezamos junto al alma de las mujeres; la aventura y el pecado que alguna vez clavaron

en los nuestros sus verdes ojos de tentación; la alegría que brillaba en nuestras pupilas, y reía en nuestros labios, y cantaba en nuestro corazón; todo lo bello de la más bella época renace en la prenda airoso de Don Félix de Montemar... Por un milagroso poder de evocación, las rosas mejores de nuestra vida parecen temblar y florecer en la prenda gallarda de Montemar, en su altiva capa de leyenda, de amor y de juventud.

JOSÉ MONTERO ALONSO

DEL SALÓN INTERNACIONAL DE FOTOGRAFIA



PACHI, POR J. ORTIZ ECHAGÜE

tras almas, cegadas por un milagroso azul, sus más encendidas rosas; el optimismo desgranaba sobre nuestros corazones la más parlara catarata de sus risas, y la vida tenía para nuestros ojos, deslumbrados por un magno resplandor de gloria, y para nuestros corazones, ebrios de fe, de sueños y de sol, una intensa mirada de amante y una divina sonrisa, henchida de promesas, pasiones y aventuras...

Horas amables de la estudiantina...

Una fiebre de amor agolpaba al corazón nuestra sangre joven y formaba con nombres de mujer las páginas de nuestros breviarios galantes. Páginas de juventud y de pasión, que luego, cuando la caravana dolorosa de los años nevase nuestros cabellos y ensombreciese nuestras almas, tendrían una inefable fragancia carnal, un grato encanto evocador, una adorable gestión única, que reverdecía, en un bello instante de sortilegio, las viejas rosas que florecieron



# IMPRESIONES DE UN LECTOR

## «El loco amor»

A CABO de leer una buena novela: *El loco amor*, de Ramón María Tenreiro. Pocas obras conozco en que el *Fatum* trágico alcance más fuerte plasmación. Admiro en esa novelita ante todo la nítida simplicidad de los elementos: los dos protagonistas, la acción invisible del padre que murió, y cuyo carácter está admirablemente evocado; el personaje confidente; el coro, en fin, que aquí es el pueblo, actuante como ministerio e instrumento de fatalidad, órgano del mal.

El asunto es uno de los capitales en la tragedia: una forma atenuada del incesto, el amor entre madrastra e hijastro; tema fecundísimo, cuya bibliografía llenaría un volumen. No hay para qué recordar que su arquetipo clásico es el mito de Fedra, reproducido en el de Belesofonte y en el de Tenes, hijo de Cieno y víctima del amor de su madrastra Filonome. Prescindo ahora de la larguísima lista que señala las diferentes evoluciones literarias del tema, desde la anécdota de Antiocho y Selenco, aprovechada por Juan de la Cueva, Tomás Corneille y Moreto, hasta el *Decameron* y el cuento de Bandello, que dió origen al *Castigo sin venganza* de Lope; desde el episodio histórico de Mitridates, que aprovechó Racine, hasta el de Crispo, hijo de Constantino, y a la sombría leyenda de nuestro príncipe Don Carlos.

La *Curée*, de Zola, es uno de los muchos reflejos de ese tema en nuestros días. ¿No hay otro en *El Escándalo*, de Alarcón, según me parece recordar?

Ninguno de estos precedentes empalmea el cuento de Tenreiro. La ceguera del protagonista le comunica otra tonalidad clásica, vagamente estatuaría. Y hay una gran pureza de intenciones en la explosión de ese amor, que nace sobre un antiguo odio de hijo a la usurpadora del puesto materno en el viejo hogar. La ceguera del hijo proyecta sobre esa acción el reflejo de otro gran mito clásico: el de Edipo; la amada sosteniendo al amado inválido por los caminos de su amor tormentoso, une al alma de Isolda la de Antígona. Y la catástrofe corona esa pasión con el eterno dúo simbólico de Amor y Muerte.

## «Dulce Nombre»

La última novela de Concha Espina, *Dulce Nombre*, tiene sobre las anteriores una ventaja en el sentido de una mayor afinación y sobriedad de estilo, acentuándose la nitidez de los rasgos sobre la frondosidad de las descripciones. Las notas de lo que llamaríamos *escuela montañesa*, ceden a un mayor predominio de los valores universales. Hay menos ruralismo y más humanidad.

En su principio, el asunto recuerda el sacrificio de *La Esfinge Maragata*, de la mujer que acepta un amor senil en holocausto al provecho de su familia, como la Victoria de *La loca de la casa*. Pero luego la acción deriva hacia la reencarnación de la madre en la hija, como obedeciendo a la voluntad de persistencia de la belleza inmortal. Y esa transmisión de hermosura, de valor genésico, suscita el elemento trágico de una rivalidad entre madre e hija, el mismo que sugirió a Mauricio Donnay la idea de *L'Antre Danger*, a Adrián Gual la de *Misteri de dolor* y a Jacinto Benavente la de *La Malquerida*. Y no se vea en ello ningún reparo contra el valor de originalidad de *Dulce Nombre*, porque la ori-

ginalidad no consiste en improvisar una acción no estilizada por nadie, sino en crear vida, en animar caracteres, aunque sea en torno a los conflictos capitales que, como se sabe, se agrupan en torno a muy pocos arquetipos.

Ese valor patético de *Dulce Nombre* se engloba perfectamente en el sistema de los viejos temas trágicos; tiene una vaga emanación de incesto, aunque de incesto espiritual. Y hay en este libro suma habilidad de factura, sentido del interés, movilidad de estilo. El uso del presente en la narración le comunica a veces la plástica viveza de una representación dramática.

## «El castillo de irás y no volverás»

El mismo reflejo de una belleza material en la persona de la hija informa el asunto de la novela del malagueño S. González Anaya, *El castillo de irás y no volverás*. Pero aquí ese tema no es más que base accidental para la verdadera intención del autor. Debo decir, ante todo, que González Anaya tiene admirables condiciones de novelista. Una suave y deliciosa ironía divaga sobre su narración. ¿Qué amable recuerdo nos sugiere? ¿Dónde hemos sentido ya esa impresión de gracia, esa burlona posición ante la vida, cruel y dura, ese conjuro de todo pedantismo en el manso filosofar que deja caer una palabra de indulgente sátira sobre la eterna miseria de las cosas? ¡Ah, sí; ya recordamos! González Anaya, sin detrimento para sus dotes bien legítimas, nos recuerda al maestro Galdós.

Apresurémonos a decirlo también: nada de pintoresco provincianismo en ese malagueño, que encuentra la ocasión de consagrar una página a la memoria del buen Arturo Reyes. La novela de Anaya está construida sobre un valor plenamente humano. ¡Y tan humano! ¡Como que ese misterioso y lóbrego castillo, al cual se va, y del cual no se vuelve, es la vejez! La médula de este libro es la capital preocupación del hombre, la fugacidad de la vida, la voracidad de los años, el avance de la senectud, peor que la muerte. El protagonista es un Fausto fracasado. Ante él no aparecerá Mefisto para devolverle su plenitud vital, aun a costa de que no pueda aferrarse luego a la belleza del momento que huye... Pero, como el gran Rubén, se acerca todavía, con el cabello gris, a los rosales de su jardín...

¿Es realmente la reencarnación filial de una antigua amorosa esa sombra que la vida (invisible Mefisto) hace desfilarse ante los ojos cansados del incipiente viejo? Uno de los mayores aciertos del autor es, sin duda, la penumbra en que deja el desenlace de su enredo. La juventud de Alaminos opera como un recuerdo sobre el frustrado afán amoroso de su otoño donjuanesco, y la antigua amada, fatal como una plebeya Lucrecia, ejerce su fascinación desde una especie de supervivencia vaga y anónima...

Acaso algún episodio bordear las regiones folletinescas; pero la sombra de Locusta o de Canidia no desentonará en esa elegía llena de *humour*, que envuelve un eco lejano de la inmortal lamentación de Horacio a Póstumo: *Eheu fugaces*...

Hábil y cariñosamente, la vida auténtica se entremezcla a veces con la imaginada. Así he podido sonreír con afecto cordial ante alguna figura que yo también conozco y amo, y que el autor ha hecho desfilarse ante mi recuerdo vivo, co-

mo la de ese buen Federico Ferrándiz, pintor y arqueólogo, ostentando siempre sobre su apostura gallarda la rúbrica roja de su clavelón...

## «Un corazón burlado»

También Alberto Insúa, en esta novela reciente, nos habla de una juventud que acepta un amor senil como refugio contra su triple fatalidad de desencanto. Otro libro elegíaco, y con la misma eterna obsesión de elegía capital: el vuelo de la vida. El mayor valor de esa novela está en la forja de los caracteres. Singularmente hay uno que se destaca con vi-

talidad inconfundible: el de Don Jorge de Segovia. La última página, a pesar de su negrura dolorosa, envuelve una gran piedad. No es ya, en rigor, una delicadeza femenina que se sacrifica a una carnalidad decrepita, sino una paternidad que acepta las formas sociales y externas del matrimonio para salvar precisamente su pureza, su pureza desconocida y secreta, que es la que importa. Y hay una profunda nobleza en la intención del autor y en el diseño de ese gesto final que parece una bendición del patriarcal marido sobre la cabeza dolorida de Isolda...

Gabriel ALOMAR

# TODO ES RELATIVO

Esto viene a decir Einstein, el fundador—le diré a usted—de la novísima teoría—¿novísima?—de la relatividad.

Y al oír formulada esta afirmación en términos de rotundidad científica, se siente uno un poco plagiado, levemente estafado, para decirlo más claro; algo así como si al volver a su localidad, después del entreacto en un teatro muy elegante, notase que la había ocupado un intruso.

Porque ese descubrimiento del sabio lo habíamos hecho unas cuantas personas hace mucho tiempo, sin que nunca se nos hubiera ocurrido explotarlo.

¡Todo es relativo!... ¡Ya lo creo! Todo, desde los billetes de a cien hasta el talento de las personas que lo tienen. Ponéndonos graves, gravísimos, encaramándonos por un momento a la cátedra y bebiendo un vaso de agua con un dedo de coñac—un coñac relativo—, podemos formular la misma teoría de un modo más elegante, diciendo:

—Todo es en función de algo.

¿Eh? ¿Qué tal?... Hemos dado el primer paso para nuestro ingreso en la Academia de Ciencias Exactas; ya no nos falta más que empezar las visitas a los señores académicos.

¿Tiene razón Einstein? Indudablemente. Y, aunque no la tuviera, habría que dársela, ya que lo interesante en este mundo, como dijo... el otro, no está en tener razón, sino en merecerla. Y el hombre se la merece.

Porque desde que el mundo es mundo y los hombres andan haciendo cabriolas filosóficas con las ideas, no se ha inventado teoría más consoladora, tónica y reconfortante. Descendamos si no al plano de los hechos.

Usted, lector, necesita comprar un panecillo: entra en una tahona o manda por él a la criada, y, cuando ya lo tiene en su poder, lo toma con dos dedos, lo palpa, lo examina y de pronto da un grito:

—¡Ladrones! Esto no es un panecillo: es un embrión.

Lo blande usted en el aire, dispuesto a tirárselo a la cabeza a alguien, y, súbito, viene a sus recuerdos la teoría de Einstein. El raciocinio empieza a amansarle.

Indudablemente este panecillo, comparado con la catedral de Burgos, es pequeño; pero comparado con el microbio de la gripe, es enorme.

Y usted se come el panecillo y se alimenta... de un modo relativo.

Las penas no son penas más que si se las compara con las alegrías, y éstas no son tales más que en parangón con un sentimiento anterior doloroso, o por lo menos indiferente.

Pero ¿es que, en pura psicología, hay

sentimientos indiferentes? El tono hedónico, ¿no será inseparable de toda sensación? Esto nos llevaría tan lejos, que seguramente para volver habría que tomar el tranvía.

Volvamos al aspecto práctico del postulado del maestro de Zurich. Como yo soy un fervoroso experimentalista, voy a situarme en el terreno del fenómeno.

Cinco pesetas son siempre cinco pesetas; su valor aritmético es inalterable, ya se nos presenten en una serie de perlas gordas, ya en un modesto grupito de cinco monedas de plata, ya en el aspecto más serio de un solo redondel del mismo metal. Sólo hay una manera de que el valor se altere: que el redondel, llamado duro, resulte falso. Pero esto también nos llevaría muy lejos.

Cinco siempre serán cinco. Esto dicen los matemáticos; pero los matemáticos suelen ser unos señores que llevan todavía calzoncillos de cintas, que no se rapan el bigote y a los que no conviene hacer mucho caso.

Yo voy a demostrar, del brazo de Einstein, que una cantidad cambia de dejar de ser tal cantidad.

Va uno un día por una calle céntrica, a esa hora apacible del atardecer, sin pensar en nada, que es el estado perfecto de la mente humana; de pronto, un sujeto mal trazado, pero con mucho talento—esto se ve en seguida—, le aborda decidido.

—Amigo Fulano, no he comido desde hace seis días; si yo tuviera hijos le diría que mis hijos tampoco han comido en todo ese tiempo; pero usted es un alma noble y no quiero engañarle. ¿Quiere darme cinco pesetas para que me tome un café?

Y uno, que en el programa de aquel día no había incluido un asalto de sable, responde con cierto mal humor:

—Lo siento, pero hoy no puedo.

Y sigue andando. ¿Es que tiene uno el corazón de anaglipa? No; aquello no es más que cálculo y, además, una aplicación de la teoría de la relatividad. Porque apenas aquel infeliz se ha alejado cuatro pasos, renunciando ya a toda esperanza, se vuelve uno hacia él y se le llama para decirle:

—Oiga, me ha pedido usted cinco pesetas; ahí van dos. Por hoy no puedo hacer más.

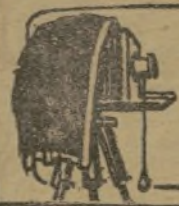
Y aquellas dos pesetas son para aquel hombre, en aquel momento, mucho más que las cinco un minuto antes.

El que lo dude, que haga la prueba. La cosa no falla de cien veces noventa y nueve. Pero alguna vez puede ocurrir que el sujeto tome las dos pesetas y se las tire a uno a la cara.

Y es que todo es relativo en el mundo. Todo. Hasta la teoría de la relatividad.

Joaquín SELDA





# ESPAÑA EN EL SALÓN DE FOTOGRAFÍA



El segundo salón-internacional de Fotografía, instalado en el local donde celebra sus exposiciones el Círculo de Bellas Artes, viene a confirmar los votos que el año pasado se hicieron, a saber: que, después de un primer ensayo, había de prepararse para el año de 1922 otro certamen que diera mejor idea de la producción fotográfica española. Las obras de extranjeros entonces, aun con no ser muchas, ofrecían un conjunto de enseñanzas utilizables, y no faltó aquí quien las aprovechara o quien recogiera en ellas elementos para orientarse en un sentido de modernidad y de buen gusto.

La actual exposición, por lo que se refiere a la parte española, representa una considerable elevación del nivel artístico en el difícil arte del objetivo. Consignémoslo con orgullo, mayormente viendo que al lado de profesionales ya consagrados en todo el mundo, los más renombrados entre los nuestros no desentonan ni aparecen en plano de notoria inferioridad. Al declararlo así, no nos ciega el patriotismo. Comparamos, y de la comparación sacamos la consecuencia de que por el camino emprendido se debe proseguir hasta salvar, dentro de poco tiempo, la distancia que nos separa de los de fuera. Y, al efecto, el mayor estímulo no puede ser sino aquel que nace de la competencia internacional. Si en las exposiciones de Bellas Artes hubiese prevalecido este criterio, y no el de amparar mercancías de dudosa ley bajo la etiqueta de lo nacional, habríamos ganado no poco.

El Comité de admisión, constituido por los señores conde de la Ventosa, Victory, González (D. Ramón), Domenech (D. Rafael), Padró y Ortiz Echagüe (don José), ha realizado una escrupulosa labor de selección, por lo cual resulta muy recomendable la sección española.

En fecha próxima nos ocuparemos de las restantes; por hoy nos limitamos a indicar la que solicita nuestra atención a causa de lo que puede influir sobre la pintura y de los caracteres que manifiesta. Hemos dicho que a causa de lo que puede influir sobre la pintura, pensando en la fotografía tomada como medio documental de tipos y de paisajes y como revelación de innumerables bellezas, letra muerta para la mayoría de los pintores y dibujantes.

Ante algunos trabajos—los de D. José



ZAMARRAMALEÑAS, POR EL CONDE DE LA VENTOSA

Ortiz Echagüe, por ejemplo—se experimentan sensaciones que en vano demandaríamos a muchos cuadros de concursos oficiales. Hay en las fotografías ejecu-

tadas por verdaderos artistas un cúmulo de sugerencias para la creación pictórica; en materia de paisajes, ilustran, bien por el insospechado punto de vista que

nos descubren, bien por el modo nuevo u original de tratar el tema con técnicas, en bastantes ocasiones por encima de manipulaciones mecánicas.

Distantes, pues, nos hallamos de la época en que Robert de la Sizeranne se preguntaba si la fotografía era o no arte. Para nosotros, sin duda ninguna, lo es, por la intervención personal que permite, a pesar de las fórmulas y recetas discurridas por la ciencia y aplicadas por la habilidad. Un fotógrafo con espíritu superará a un pintor o a un dibujante sin él. Y no se nos arguya que el aparato y el papel lo resuelven todo, no, ambas cosas han de estar al servicio de la observación fecunda y cultivada.

Pasando revista a los envíos de los españoles, nos encontramos con abundante cantidad y con refinada calidad de motivos regionales. Ya es el fondo monumental, el edificio antiguo, sorprendido en su poética intimidad o en la solemne ordenación de sus formas arquitectónicas, a la luz maravillosa del sol o en misteriosa penumbra. Ya es el rincón ameno y pintoresco, que admite animadas escenas de género o de costumbres. Ya es el sitio natural, de amplias y despejadas lontananzas o de profusa vegetación; el campo o la montaña, con sus accidentes varios, y el mar, de tranquilas aguas o en revueltos temporales. Ya es el individuo de cualquier condición social, que nos revela lo más íntimo de su psicología: el retrato, estudiado con expresiva complacencia en la cabal acentuación de sus rasgos fisonómicos. Ya es, en fin, España, que surge al través de imágenes y en particularidades del ambiente.

Para la reseña vayan ahora los principales nombres de los expositores. Lugar preferente corresponde a los señores Ortiz Echagüe, conde de la Ventosa y Victory. A continuación citaremos a los señores Tinoco, Andrada, González (R.), Candela, Huidobro, Retes, García Bellido, Castellanos, Salvador (F.), Rodríguez (D.), Alvarez, Ródenas, Lozano, Nueda, Iruela, Uriarte, Saviñac y dos extranjeros acaudalados en España, los señores Wily Koch y Wunderlich, retratista y paisajista, respectivamente.

Angel VEGUE Y GOLDONI



LA ERMITA, POR A. VICTORY



CADALSO DE LOS VIDRIOS, POR P. RETES



# LOS POETAS

## DIME, DIME, PASTOR CANO...

Dime, dime, pastor cano  
del reir lleno de paz;  
el del cayado de guindo  
y los ojos verde mar.

Dime aquellos villancicos  
de pristina ingenuidad  
que en las calles de la aldea  
se cantaron años ha.

Villancicos de mi infancia  
que tenían (al sonar  
de zampoñas y rabeles)  
un perfume patriarcal.

Eran tiempos, pastor cano,  
los idos, de amor y paz.  
No era el odio de los hombres  
como hogaño, tan tenaz;  
ni era tan duro el vivir,  
ni era tan ciego el luchar,  
ni era tan hondo el rencor,  
ni era tan amargo el pan.

Dicen que ha cambiado el mundo,  
pastor del manso mirar.  
No ha cambiado, no ha cambiado...  
¡y tal vez no cambiará!

Sigue la justicia herida  
de muerte; el fraude y el mal  
se extienden más cada vez;  
cada vez imperan más.

Pastor, aquella sonrisa  
conque tu incredulidad  
acogiera mis fogosas  
peroratas de rapaz—  
cuando en la invernada hacíamos  
pláticas en torno al llar—,  
pastor, la sonrisa aquella,  
pastor, la sonrisa aquella

No eran verdad mis augurios  
de redención. La verdad  
tú tan sólo, pastor cano,  
la dijiste sin hablar...

Miguel de CASTRO

Dibujo de A. DURÁ.

## CUANDO YO ME MUERA...

Cuando yo me muera, pobres hijos míos,  
y vengan a casa los enterradores  
a buscar mis restos rígidos y fríos  
para arrebatarnos de vuestros amores...

Cuando ya mis ojos no puedan miraros,  
y me haya invadido la eterna quietud,  
y el cuerpo no pueda salir a buscaros  
de las ocho tablas de un negro ataúd...

Cuando solo y lívido, bien amortajado,  
quede entre los pliegues de lienzos caseros,  
después que ya todo lo haya terminado  
la tierra que me echen los sepultureros...

Cuando lleguen esos terribles instantes  
en que vuestras dulces voces tan amadas  
me llamen con trágicos tonos delirantes  
y ante mi silencio callen aterradas...

Cuando sollozantes todos los hermanos,  
con espantadizo y hondo desconsuelo,  
vengáis a cubrirme de besos las manos  
y al acariciarlas las sintáis de hielo...

Cuando ya parezca para siempre mudo,  
para siempre frío, para siempre inerte,  
aun quiero en la vida serviros de escudo  
venciendo el absurdo fatal de la muerte.

Y así, pobres hijos, cuando en el materno  
regazo dulcísimo durmáis silenciosos  
en las largas noches del horrible invierno  
y os despierten graves ruidos misteriosos,

y sienta en su triste lecho de viuda  
vuestra madre el sueño segado en la hoz  
del llanto, deciros sin miedo y sin duda:

—Vuestro padre llega, y es esa su voz...

Y habéis de escucharla, siempre amante y pura,  
cuando os acometan las torpes pasiones,  
cuando os atormente la mala ventura,  
cuando desfallezcan vuestros corazones...

Ella os dirá, dulce y queda y amante:

—¡Venced las flaquezas con ánimo fuerte!

¡Yo os sigo de cerca, vivo y vigilante,  
a través del negro dintel de la muerte!

Que os ate un cariño trabado y sincero.  
Todo repartíroslo: el pan y el dolor.

¡Y avanzad seguros por vuestro sendero  
sembrando una siembra divina de amor!

Sed vosotras dulces, y sed generosos  
vosotros, mis hijos; mas sabed también  
enseñar, si os muerden los lobos rabiosos,  
al golpe la mano y el alma al desdén.

Que haya en vuestro espíritu, armónicamente,  
ternura y desprecio, braveza y piedad,  
y una sed rabiosa, noble y absorbente,  
de sueños, de rimas y de eternidad...

Nada os amedrente; ningún mal presagio  
os turbe de miedo; las almas serenas  
sed siempre, hijos míos, en este naufragio,  
vosotros, muy fuertes, vosotras muy buenas...

Sonarán mis voces siempre a vuestro lado.  
Con mi amor prendido de vuestros amores,

cuando ya parezca todo terminado  
y vengan a casa los enterradores...

¡Hijos, no se muere! En la honda caverna  
del negro misterio sin fondo sensible,  
una voz me grita: —¡La vida es eterna,  
y en lo misterioso nada es imposible!

En el campo, en casa—¿vienen de muy lejos?—,  
yo oigo de los muertos confidencias quedas,  
entre las carcomas de los muebles viejos  
y entre los ramajes de las arboledas...

Infinitamente se engrana la vida,  
y en el infinito no hay menos ni más...

¡Yo siempre, hijos míos, llevaré prendida  
mi vida a la vuestra, por siempre jamás!

La vida es eterna... Misteriosamente  
siento de mis muertos las voces, que son  
como un gran consuelo, suave y confidente,  
en la prematura vejez de mi frente  
y en la carne viva de mi corazón!

Alberto VALERO MARTIN





HACE muchos, muchos años, allá en un rincón del Japón y en una frágil casita de junco y de bambú, vivía una linda niña con su madre, viuda de un honrado comerciante, que al morir, después de larga y penosa dolencia, le dejó no más lo indispensable para sostenerse modestamente.

En lejanas tierras, a las que partieron en busca de fortuna, tenía la madre de Ni-ni dos hijos varones y un sobrino, de quienes, de cuando en cuando, llegaban a la buena señora regalitos y cartas con gratas promesas.

Un día, la pobre mujer no pudo levantarse; estaba muy enferma, y Ni-ni, apenadísima, corrió en busca del médico.

La enfermedad se prolongaba semanas y semanas, y agotáronse los ahorritos que tenían, por lo que la niña hubo de vender, hoy una figurilla de finísima porcelana, otro día un hermoso jarrón, más tarde, caprichosos muñequitos de marfil.

Una mañana dijo el galeno:

—Tu madre necesita un medicamento muy caro.

Ni-ni contestó sin vacilar:

—Escriba la receta, lo compraré.

Y tomando su merienda y el papelito, fué a vender una de las preciosas agujas de oro que sujetaban sus cabellos, y adquirió la medicina, emprendiendo, salisfecha, el camino de su casa, mientras clavaba, golosilla, sus menudos dienteitos en su sabrosa merienda.

Una chicuelá desgreñada y macilenta se le acercó, implorando una limosna.

—Tengo mucha hambre—gemía, y Ni-ni, compadecida, dióle su merienda.

Poco más allá, una pobre mujer le dijo:

—Della niña, apiádate de mí, que tengo un hijito enfermo.

Ni-ni le dió unas monedas.

Cerca de su casa, una viejecita muy encorvada y flaca, mal cubierta con unos harapos, se detuvo diciendo:

—Tengo mucho frío; dame, linda niña, una monedita para comprar un abrigo.

—No puedo dar más limosnas—repuso Ni-ni—; mamá está enferma y necesito el dinero para ella. Pero tome mi kimono.

Y así diciendo, despojóse de él y lo puso a la mendiga sobre los hombros. Al envolverse en la graciosa prenda, la anciana irguióse de pronto, desaparecieron las arrugas de su rostro, cayeron al suelo el kimono y los harapos, y apareció ante los atónitos ojos de Ni-ni radiante de juventud y belleza y ataviada con precioso vestido de raso.

—Yo soy—dijo—la hechicera Chin-fó y empleo mi poder en premiar a las niñas caritativas y buenas hijas como tú. Mañana, al clarear el día, un extraño

pájaro llamará con el ala en tu ventana; sal a la calle y síguelo. Defendrá su vuelo en un árbol cubierto de anchas hojas verdes y pequeños frutos rojos. Llena un cestito de fruta y de hojas, y el pájaro te dirá lo que has de hacer cuando vuelvas a tu casa.

Y dicho esto, desapareció sin que Ni-ni pudiera darle las gracias.

Puntual fué el pajarito; pero mucho rato antes ya estaba la niña dispuesta y con su cestita al brazo.

El ave era preciosa, con las alas verdes, la cabecita y cola azules, la pechuga roja y el lomo amarillo, y saludó a Ni-ni con deliciosos trinos, mientras em-

—Yo no soy—repuso el ave—sino un siervo de la hechicera. Si ella me autoriza, tendré mucho gusto en ello.

Cuando llegaron al árbol, el pajarito, con el pico, arrancaba hojas y frutitos ayudando a la niña, y al momento estuvo lleno el cestito. Entonces dijo el ave:

—Al llegar a tu casa da de comer a tu madre de esta fruta, y cuando necesites algo quema una de las hojas y di: «Hechicera Chin-fó, ven, que te necesito yo». Adiós, y no olvides a tu amigo Pi-ru-lí. Y se alejó cantando alegremente.

Apenas la madre de Ni-ni gustó aquella fruta, hallóse curada y pudo abandonar el lecho. Admirada y contentísima, la niña quemó una hoja.

Levantóse una espesa humareda, y en medio de ella, al pro-

con frecuencia a visitarte y a cantar un ratito para tu regalo; pero cuando menos lo esperes. Cuida de que nunca te sorprenda haciendo una cosa mal hecha, porque me lo contará y serás castigada.

Dicho esto, desapareció, dejando caer de su escarcela un bolsillito lleno de oro.

Desde entonces, si la madre o Ni-ni estaban indispuestas, si algún peligro les amenazaba, si estaban inquietas por el prolongado silencio de los queridos ausentes, la niña llamaba a su protectora, quien acudía al punto, complaciéndola en cuanto pidiera.

El pajarito iba muchas veces a ver a Ni-ni, y cada día eran más amigos, procurando ella ser siempre muy buena; pero una noche la madre le dijo:

—Tengo que coser mucho; es preciso que te pongas mañana este kimono; quédate un rato a ayudarme. Y Ni-ni, que tenía mucho sueño, contestó:

—Qué tonta eres, mamá, en molestarte trabajando, cuando tan fácil era pedir a Chin-fó un precioso kimono. Ese es muy feo. no me gusta; yo quiero uno como el

que estrenó ayer Miso-tis, y ya que no me dejas pedirselo a la hechicera me voy a dormir.

Y sin notar la presencia del pájaro, que había entrado por la ventana y oído todo, se marchó a su cuarto, mientras su madre, al suave contacto de las alas de Pi-ru-lí, que rozaron ligeramente sus párpados, durmióse profundamente.

Apenas había Ni-ni conciliado el sueño, despertó sobresaltada, viendo con terror junto a sí a un enorme pajaraco negro, que la miraba fijamente. Quiso gritar y levantarse, y no pudo; y cuando ya se tranquilizaba viendo al pájaro salir volando por la ventana, notó, alarmada, que su linda camita de laca y marfil moviase con violencia, emprendiendo un rápido vuelo en seguimiento de aquél. La

niña, medio muerta de miedo, veía cómo pasaba, con vertiginosa rapidez, sobre altas torres de porcelana y por encima de enormes pagodas y grandes palacios.

De pronto, descendieron el pajaraco y la camita, y entrando por un amplio ventanal en un pequeño y lindo palacete, detuviéronse en un soberbio salón ante magnífico trono, donde se hallaba sentada Chin-fó. La hechicera dijo severamente:

nunciar Ni-ni las palabras mágicas, apareció Chin-fó preguntando:

—¿Qué me quieres?

—Daros las gracias más rendidas, señora,

por vuestras bondades y ofrecirme a vos como la más humilde y sumisa esclava.

—Me place verte agradecida; eres una niña modelo. Sé siempre buena y no te faltará mi protección. Pi-ru-lí vendrá

prendía el vuelo casi a la altura de su hombro.

Ni-ni iba en pos del pajarito, embelesada con su canto y con su belleza; lástima no tenerle siempre consigo...

—Oye—le dijo un momento que cesó en sus trinos—: eres muy bonito y cantas deliciosamente. Yo te quiero mucho. ¿Vendrás alguna vez a cantar junto a mi ventana?





—Has sido irrespetuosa y desobediente para con tu madre; has sentido envidia y vanidad. Mereces un castigo, Ni-ni. Hizo una señal, y el pájaro, extendiendo las enormes alas, acercóse a la niña, la cogió por los cabellos y la condujo a un cuartucho destartado y oscuro, donde la dejó encerrada. Al punto sintióse vestida con un horrible kimono de arpillera, que la molestaba atrozmente.

Transcurrieron muchas horas; en vano Ni-ni lloraba llamando a gritos a su mamá, a Chin-fó y a Pi-ru-lí; nadie acudía.

Tuvo hambre, sed y frío, y escuchaba ruidos extraños, ladridos furiosos y gritos de animales desconocidos para ella, experimentando invencible terror.

Al fin, rendida de llorar, quedóse dormida.

Cuando luego despertó, estaba acostada en su camita, en su lindo cuartito.

¿Había sido todo un sueño? No, que se hallaba vestida con el kimono de arpillera. Levantóse y corrió en busca de su madre, encontrándola dormida, con la costura abandonada sobre las rodillas. La despertó con sus besos, e implorando su perdón, le hizo la promesa de ser ya siempre muy buena, y entonces escucharon ambas una suave voz que decía:

—Mi ama ha querido que durmiese tu madre hasta tu regreso, para que no padeciera por tu culpa.

Y los armoniosos trinos de Pi-ru-lí resonaron en la habitación, mientras el kimono de arpillera caía al suelo y la niña se encontraba vestida con el que su mamá estaba haciéndole, que había sido misteriosamente terminado y que le pareció muy bonito.

**María BERTA QUINTERO**

paciente, no habla del secreto inconfiable del Corán, porque no es un libro de emociones.

El secreto inconfiable es uno de esos *hadits*, que no se sabe por dónde llegó a conocer nuestro Campoamor.

Los *hadits* son la equidad, como el Corán es la justicia.

Los discípulos de Mahoma, anotando las acciones, las palabras y los silencios intencionados del Profeta, hicieron poco a poco, al lado del Corán, *La Sonna*: el Corán místico, el Corán íntimo, los *hadits*.

Las seis redacciones de esos hechos, palabras y silencios del Profeta, bastante voluminosas por cierto, fueron traducidas al idioma aragonés en el siglo XV por Juan Andrés Alfaqú, de Játiva, moro converso, sacerdote católico después.

Pero al lado de las seis redacciones, co-

lecciones mejor dicho, de los *hadits* hay otra oculta, transmitida en secreto, muy breve, cortísima, que no es sino una interpolación que debe hacerse en el capítulo II, tras el versículo 23 y antes del 24, donde se promete a los justos la compañía de mujeres immaculadas y bellas.

El *hadits* oculto viene a prometer el cielo a las mujeres, a todas ellas sin más limitación que ser madres.

Y la traducción más elegante y correcta del texto, que corre de fiel en fiel como un río oculto, es aquella dolosa de Campoamor, titulada *Un dogma inédito*, donde se dice lo mismo y se da esta razón para no divulgarlo:

¿Qué paz, orden ni gobierno podría en el mundo haber si supiese la mujer que para ella no hay infierno?

**Rafael URBANO**

## Campoamor, mahometano

El Profeta era bajo, membrudo, moreno, de mirada brillante e irresistible. Cerca de la sien izquierda, una vena gruesa, azulada, más que azulada, negra, le cruzaba la frente.

Se ha dicho después, al cabo de los siglos, que era o había sido epiléptico.

Es posible y no importa nada. El hecho es que muy joven, a los treinta años, era calvo como César, como Napoleón.

Unos años antes de sus viajes comerciales — el profeta era sencillamente arriero —, «El Verídico», como tenían que llamarle sus amigos, casó con una viuda espléndida, hermosa, de más edad que él, que, sola, sin auxilio de los hombres de su tribu, sostenía un hogar lleno de parientes sin voluntad ni fortuna.

Este tercer marido agrandó las propiedades y extendió los negocios, al principio. El mismo se hizo sabio en los viajes y por el tráfico. Después, empezaron a sentirse las necesidades desde un día en que, al caer la tarde, en la hora de las cesiones y de la debilidad de las luces, cayó en un acceso nervioso, del que volvió transformado: con más brillo en los ojos, más animación en la palabra y mayor majestad en el continente.

El Arcángel Gabriel, que anunció cinco siglos antes el nacimiento de Dios, le acababa de revelar toda la palabra de ese mismo Dios, «Único, Clemente y Misericordioso».

Y su mujer le creyó.

¡Oh milagro de los milagros! He ahí la única mujer de un gran hombre que le cree y le sigue. Y he ahí también la inequívoca prueba de la divina misión del Profeta.

\*

—¿Estás ahí, Zaide, hijo de Tabit?—preguntó imperiosamente Mahoma.

—Estoy, señor, dueño de los corazones—; contestó un joven imberbe, llevando una piel curada de camello, blanqueada con arena, y un mimbre ennegrecido con agallas y alheña.

—Escribe.

El muchacho tomó al dictado un discurso enfático, fogoso, veloz y atropellado al comenzar; pausado, espaciado, gemebundo e imperceptible al concluir.

Acababa de transcribir el *sura* más largo del Corán: el capítulo titulado *Za vaca*, que tiene 286 versículos.

Luego, miró al paisaje y contempló la población a lo lejos.

Estaba en Medina.

El Corán se escribió así. Fué dictado irregularmente. Unas veces, varios días seguidos; otras, sólo un día a la semana o al mes, y eso casi al amanecer.

Los 114 *suras* exigieron un día cada uno. Y en ciento catorce días se escribió

ron las 79.439 palabras que hay en el Corán ahora.

Ahora, porque al principio había unas cuantas más.

\*

La verdadera escritura del Corán es muy posterior a Mahoma.

Los discípulos del Profeta tomaban al oído la palabra revelada, y así la conservaron hasta que se redactó de un modo definitivo algo más tarde.

Hubo un día en que, al final de una batalla entre los amigos y enemigos de «El Verídico», sólo quedaron cuatro hombres que sabían el Corán de memoria.

Es más: Obeja, Aben Jabal, Anzari y Zaide, secretario del Profeta mismo, no lo sabían por entero cada uno, sino entre todos.

Las sentencias abrogantes y abrogadas, denunciadas sin orden, parecían contradictorias, extraídas de su lugar.

La palabra de Dios se perdería si no se fijaba en seguida, como observaba Añu Beker, el sucesor del Profeta, y confirmaron después Omar y Otenan. ¿Qué hacer? Abu Beker hizo que Zaide transcribiese las revelaciones que recordaba.

La fiel memoria del secretario fué recordando, primero, los capítulos más largos; después, los más breves e insignificantes, y así, de prisa, como convenía a una Biblia para la guerra, para una religión que había de predicarse a caballo y al galope, se trazó la palabra del Señor «Único, Clemente y Misericordioso».

El raro y abultado manuscrito fué la almohada de Hafsa, la hija de Omar: Eva redentora del Islam, que facilitó el fruto de la salvación de los hombres.

Sin ella habría desaparecido el Corán.

Es curiosa la protección que dispensaron las mujeres a Mahoma, y curiosa, más curiosa aún, la ingratitud del Profeta hacia aquellas que le elevaron, le hicieron santo, le entregaron un pueblo y millones de fieles.

Aquí hay un misterio, pues no puede concebirse tamaña ingratitud en un hombre divino.

Y, en efecto, el misterio se ha descifrado, y conocen su solución los avaros y prudentes ocultistas del Islam, que por amor al secreto, y en honor del Corán que conocemos, habrían asesinado al mayor poeta español del siglo XIX, don Ramón de Campoamor y Camposorio, el escéptico piadoso que reveló el gran secreto.

\*

*La Historia del Corán*, de Nöldeke (*Geschichte des Corans*. Leipzig, 1860), estudio insuperable sobre la redacción y confección de la Biblia islámica, obra seria,

## Hermanas en desdicha

EMILIA.—Treinta y cuatro años. Alta, un poco gruesa en su desarrollo matronil; tiene el cabello de un castaño fuerte, sin canas todavía, y los ojos, de un gris cortante; las comisuras de su boca imperiosa se acusan en un leve derrumbamiento otoñal que es también una mueca de dolor. Se envuelve en una bata amplia, de luto.

MAGDALENA.—Treinta y seis años. Más alta que Emilia, muy delgada, de un rubio desvaído y canoso; bajo sus párpados cansados—marchitos pétalos de rosa—brilla una mirada inmensamente azul, una mirada con toda la pureza de la adolescencia; descoloridas sus mejillas flácidas, casi exangües los finos labios contrahidos. Viste de negro, sin pretensiones, pero elegante.

Un gabinete inglés, banal, con muebles de caoba roja y *moiré* salmón. Junto a la chimenea, encendida, Emilia lee en una butaca cartas de varios legajos desparramados ante ella sobre una mesita de té. Por la tarde. Entra Magdalena y besa con ternura a su amiga, quien ha roto a llorar contra el hombro de la recién llegada. Pasados algunos instantes de emoción, Emilia acerca una silla para que se siente su interlocutora.

Magdalena.—Al recibir la esquela, pensé escribirte; pero después me pareció mejor ponerme en camino lo más pronto que pudiese. Vengo acabado el novenario, en el momento en que todos empezarán a abandonarte, cuando me necesitas de veras. Hasta ayer te marearía la casa, llena de gente; en cambio estás sola hoy, que es en realidad el primer día de duelo para ti, desvanecido el aturdimiento inmediato a la desgracia.

Emilia (secándose las lágrimas).—Tienes razón: hoy comienzo a echar de menos lo perdido; hoy por primera vez me encuentro viuda... Noto a mi alrededor un vacío enorme, aunque Alfredo apenas si paraba en casa, porque no era ningún santo...

Magdalena.—No lo era, no. Sin embargo, quizá por eso mismo le hayas querido más.

Emilia.—No sé... Mi amor hacia él se había convertido en algo maternal, impropio de una esposa. Le veía como a un niño grande, como a un hijo—el hijo que no me dió—, y disculpaba sus trapicheos lo mismo que una madre disculpa las travesuras de un muchacho. No era amor ya, acaso no lo fuese nunca; era casi lástima; lástima de su frivolidad, de su debilidad física, de su escaso corazón... La última semana de su vida, cuando cayó en cama con la pulmonía que le ha matado, me llamaba «mamá» en pleno delirio, y así, sin advertirlo, me revelaba lo que yo había sido siempre para él: una mamá consentidora y demasiado buena.

Magdalena.—¡Pobre Alfredo!

Emilia.—Lo cierto es que sus travesuras de niño mimado—seguiré calificándolas así—iban mucho más allá de mis suposiciones. Acabas de sorprenderme examinando papeles íntimos suyos, car-

tas femeninas en su mayoría. ¡Me engañaba desde el segundo mes de nuestro matrimonio! Claro que sus devaneos carecían de trascendencia: mujeres de una virtud frágil o francamente impúdicas, que le escuchaban por perversión o por ambición; hacían bien, al fin y al cabo, porque él era incapaz de amar.

Magdalena.—¡Oh, Emilia!

Emilia.—Lo que oyes: incapaz de amar; jamás le guió otro móvil que el capricho. He podido comprobarlo en diez años de convivencia, y no le culpo, sino que, conforme te decía, le he compadecido por ello.

Magdalena.—¡Más vale que todas esas mujeres le correspondieran en su desafección!

Emilia.—Todas, menos una. Hay entre estas cartas la de cierta desventurada que le escribe rechazándole, pero delatando un verdadero amor. ¡Ella sí que sería digna de lástima si supiera cómo jugaba Alfredo con los sentimientos más sagrados!... Aguarda, leerás tú misma su billete, porque vale la pena; no incurro en ninguna indiscreción, pues va firmado sólo con un rasgo, y de fijo se ha desfigurado la escritura. (Busca en los papeles de la mesa.) Aquí está; toma.

Magdalena (leyendo).—«Mal me conoce usted al requerirme para que cometa una infamia. Un desfallecimiento momentáneo de la voluntad se rectifica con prontitud, y yo he rectificado en absoluto. Lo ocurrido ayer, cuando usted se aprovechó de mi repentina falta de energía, no le da derecho a escribirme y a proponerme lo que me propone. Crea que no me asusto de nada ni de nadie mas que de mí propia; pero exijo respeto. Sospecho que es usted un impulsivo y me distancio de su alcance hasta que se le pase o por lo menos se le atenúe esa impetuosidad, que me ofende y me entristece.» (Dejando de leer.) A mí, Emilia, se me antoja que la autora de esta carta no le demuestra amor.

Emilia (sonriendo).—¿Qué inocente eres!... Trata de no demostrarlo, en efecto; pero observa cómo se vende al decir de manera indirecta que se teme a sí propia y al confesar desfallecimientos de la voluntad, que en estos casos sólo a amor pueden obedecer. Si Alfredo viviera, esta mujer sería para mí la única rival considerable, porque, tarde o temprano, acabaría por rendirsele, y durante algún tiempo influiría sobre él lo que no consiguió influir ninguna otra; durante algún tiempo nada más, hasta que Alfredo se cansara, que habría sido en seguida.

Magdalena.—¿Y no la guardas rencor?

Emilia.—¿Por qué? Las mujeres que hemos sufrido por Alfredo no podemos guardarnos rencor, ya que somos hermanas en desdicha... Pero hablemos de ti



ahora. ¿Te has repuesto del todo? Me alarmé cuando supe tu viaje precipitado a Elche por prescripción facultativa, aunque me tranquilizaron las noticias satisfactorias que de ti misma tuve unos días después. ¿Vienes definitivamente, o proyectas pasar allí el resto del invierno?

Magdalena.—Tal vez, a pesar de que me aburro un horror. ¡Estoy tan sola! Puesto que para tu daño no lo estás menos, debías acompañarme. Seríamos también un poco hermanas en desdicha. Tú, viuda; enferma yo. No obstante, procuraríamos consolarnos reviviendo en lo posible los buenos tiempos de nuestra niñez. ¿Te acuerdas?...

Emilia.—No los he olvidado, y en más de una ocasión me he conolido de lo sola que permanecías, sin explicarme que no te casaras. Has despreciado partidos excelentes; los despreciarás aún...

Magdalena (con amargura). — ¡Por Dios! A mi edad, y delicada como estoy, ¿qué hombre se dirigiría a mí? No reparas en que ni me atrevo a ponerme ropa de color y, como las viejas, visto de negro sin llevar luto, o más bien llevando luto a mi juventud...

Emilia.—La verdad es que ni a ti ni a mí nos ha lisonjeado la vida, Magdalena, y no nos merecíamos tanta severidad por parte del Destino. Ambas hemos visto deshacerse una a una nuestras ilusiones. Me apena recordar los propósitos matrimoniales que nos animaron en el colegio. «Yo me casaré con un general», te aseguraba..., y no ignoras con quién fui a casarme. «Yo me casaré con un poeta», suspirabas tú..., y no te has casado. Las dos pretendíamos recorrer el mundo entero en cuanto fuéramos ma-

yores. Crecimos sin salir ni tú ni yo de España, y hoy que nos hallamos en disposición de efectuarlo no tenemos fuerzas para abandonar este país, al que nos atan mil recuerdos tristes... Así en todo.

Magdalena. — Esperemos resignadamente algunos años a que la vejez nos iguale con las que lograron ser felices, y entonces las ganaremos la ventaja de no añorar alegrías pretéritas.

Emilia. — ¡Una ventaja melancólica! (Recogiendo los papeles esparcidos sobre la mesita de té.) Voy a ocultar esto, no sea que se presente de improviso alguien. Vuelvo dentro de un minuto.

(Al quedarse sola, Magdalena mira con inquietud a un lado y a otro. Luego saca del pecho una carta muy doblada, la lee por vez postrera y la arroja a la chimenea, donde arde y se consume. Es su última ilusión hecha cenizas. Dos lágrimas asoman al borde de sus párpados cansados.)

Germán GOMEZ DE LA MATA

## LECTURAS

Tánger, dignidad nacional, por Luis Cases.—Que dicho libro de tan distinguido escritor ha de resultar utilísimo y pertinente tratando de la espinosa y enredada cuestión hispanomarroquí, desde luego se habrá de suponer, atendiendo a que sus páginas contienen el relato fidedigno de las entrevistas que sucesivamente tuvo el autor con los prohombres políticos y los militares y publicistas y profesores de ciencia que hoy descuellan en

España, y atendiendo, además, al juicio imparcial y sereno que el sesudo escritor hace de tan diversas y autorizadas opiniones. Libro es, en efecto, sensacional y valioso para cuantos quieran o deban estudiar con precisa atención el importante asunto que enraña el interés más vivo para la patria. Madrid, 1922.

x

El Manuscrito de Martel, por el doctor D. Manuel Milario Ayuso.—Brinda a la cultura española este docto profesor otra obra más, de su laborioso estudio y de su ingenio perspicaz y activo. Con el fundamento de su mucha erudición y su vigoroso juicio y exquisito gusto, descubrió en lo recóndito de una Biblioteca Nacional un curioso manuscrito de un escritor citado por Nicolás Antonio en su *Hispania Nova*, 22, el logroñés Miguel Martel. Manuscrito instructivo, perteneciente a las tradiciones históricas de la ciudad de Soria. Felicítase Hilario Ayuso por habernos dado a conocer una joyita de muy bella literatura y de estimable valor bibliográfico. Madrid, 1921.

x

L'Entreprise Gouvernementale et son Administration, por Albert Schatz.—Estudio expresivo y crítico de política y administración del gobierno en Francia. Libro interesante para cuantos se dediquen a las ciencias de gobierno y administración y su práctica. París, Bernard Grasset, editor, 1922.

x

Almargentina. Un Congreso de animales, por Luis Jauch.—Libro inspirado por una muy personal genialidad; una expansiva satisfacción del alma del autor,

merced a la cual hace revelaciones de su sentir y de sus propios juicios con muy ingenua franqueza, sin hollar siquiera el límite de una culta discreción. «Este que veis aquí—dice el autor al comienzo de la primera página de su libro—es de corazón y de alma argentino, de acento algo italiano y de físico también; no puede negar su sangre, de seguro latinosajona vascogermana, que de ésta sacará lo meticoloso, de aquélla lo tenaz, de la otra lo exacto, de la primera el entusiasmo y de todas el orgullo. Pues bien; realmente todo ello se refleja en la obra, obra de pensamiento y de imaginación, amena y variada. Escuela tipográfica de D. Bosco, 1921.

## EDITORIAL MUNDO LATINO

### Las novelas de la antigüedad

JEAN BERTHEROY, <i>Sybaris</i> .....	3,50
MAURICE MAREIL, <i>Mytilena</i> .....	3,50
CH. CHABAULT, <i>El triunfo de Afrodita</i> .....	3,50

### Colección selecta

TOMAS DE QUINCEY, <i>Los últimos días de Kant</i> .....	1
KALIDASA, <i>El reconocimiento de Sakuntala</i> .....	1
ROUSSEAU, <i>Discurso sobre las artes y las ciencias</i> .....	1
LUCIANO, <i>La diosa de Siria</i> .....	1
STERNE, <i>Viaje sentimental</i> .....	1
MAQUIAVELO, <i>Obras festivas</i> .....	3,50

### Celebridades españolas

I. BECQUER.—II. ZORRILLA.—III. ESPRONCEDA (en tela), cada uno.....	3,50
De venta: Librerías, estaciones y, contra reembolso, Yagües, Caballero de Gracia, 27	

# “Anís Balmaseda” MALAGÓN (Ciudad Real)

## OBJETOS DE OCASION

Grande surtido en alhajas gramófonos, discos, objetos para regalos y MAN-TONES DE MANILA. SAN BERNARDO, 1.

## PUEBLA DE ALMORADIEL (TOLEDO)

CONSTANTINO S. VILLALBA VINOS Y CEREALES

## Instituto Católico Complutense

TELÉFONO S 1.817.-VELÁZQUEZ, 40.-APARTADO 269 Medicina, Farmacia, Ingenieros industriales, Correos, Telégrafos, Radiotelegrafía, Auxiliares de Hacienda, Judicatura, Registros y preparación militar. Gran Centro cultural, con brillantísimo profesorado. Magnífico internado para más de 100 plazas, en hermoso hotel, situado en lo más higiénico y aristocrático de Madrid.

Director: MANUEL MOIX GOMBAU Doctor en Derecho y abogado del Ilustre Colegio de Madrid Administrador: PEDRO MOIX GOMBAU Presbítero

## Pedid Coñac Lion d'or



Zorros Silka desde 80 pesetas. Media seda torzal irrompibles desde 6 pesetas. La casa que más barato vende estos artículos es LA ESTRELLA HORTALEZA, 82

LADRILLOS REFRACTARIOS TUBERIA DE GRES Fábrica: PACIFICO, 12 TELEFONO M 17-65

MOTOCICLETAS ESCUELA PRACTICA DE AUTOMOVILES Y MOTOCICLETAS ALQUILER Y REPARACIONES ALVAREZ HERMANOS SANTA ENGRACIA, 2. Teléfono J 2.281

## ZAPATOS

Nuestros calzados son siempre de último modelo, y por esto podemos vender ahora mejor y más barato que nadie Les Petits Suisse. Fernando VI, 17



ESMALTE ORO “EL SOL” para dorar cuadros espejos y retablos. La Casa más surtida en colores FLORENTINO PEREZ (S. en C.) Sucesores de Díaz Herrera HORTALEZA, 17

## CARRERAS MILITARES

CURSOS ABREVIADOS. Clases especiales por ingenieros militares y capitanes de artillería e infantería. Solicite lista de profesores y de alumnos ingresados.—Fuencarral, 33; de cuatro a nueve.

## TURBINAS

para cualquier salto y caudal.—Etablissements Benninger. Uzwill (Suiza). Pidanse presupuestos gratis a Oficina Técnica «Promotor» (S. A.) VALVERDE, 20.—MADRID

## CASA JIMENEZ

Primera en venta y alquiler de MANTONES DE MANILA, mantillas y trajes de frac y smoking.—CALATRAVA, 9.

## NUEVA DROGUERIA Y PERFUMERIA

CRUZ, 37 Y 39.—TELÉFONO M 3.714 PRECIOS ECONOMICOS VERDAD GRANDES EXISTENCIAS

Las selectas producciones que se impondrán esta temporada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irreprochable conjunto pertenecen al PROGRAMA VERDAGUER para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA



FUENCARRAL 6 MADRID.

FOTOGRAFIA

TOLEDO 63 MADRID.



## LAMPARA

# EGMAR



LA MÁS RESISTENTE Y DE MENOR CONSUMO  
Pídase en todos los establecimientos de venta  
de lámparas eléctricas y en la

A. E. G. Ibérica de Electricidad S. A.  
MADRID } Nicolás María Rivero, 8 y 10.  
Plaza de las Cortes, 2.

Nerviosina de T. González De venta en farmacias

## DISCOS DOBLES "FADAS"

Todos al precio de OCHO pesetas

Los más artísticos y mejor combinados.-Aparatos con o sin bocina.-Ventas al contado.-Ventas a plazos, con precios de contado.

DISCOS  
de  
Raquel Meller

—  
M. Serós

—  
C. Flores

—  
R. Leonís

—  
Bailables  
modernos



DISCOS  
de  
Salud Ruiz

—  
Ofelia  
de Aragón

—  
C. Ortas

—  
Óperas

—  
Zarzuelas

Catálogos gratis y condiciones de las ventas a plazos, pidiéndolos a  
**FADAS - Peligros, 14 y 16 - MADRID**

## QUIOSCO

# EL IMPARCIAL

CALLE DE ALCALÁ

ESQUINA A BARQUILLO

## MANUEL LÓPEZ

FABRICANTE DE MUEBLES

\*\*\*

Comedores, despachos, recibimien-  
tos, dormitorios, sillerías, tocado-  
res, salones, escritorios de señora,  
bureau, ...anos, clasificadores

\*\*\*

Serrano, 17 - Ayala, 60

## AGUAS del INCIO

\*\*\*

Análogas a las tan célebres de Spa,  
Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.  
Curan anemia, enfermedades por  
debilidad, propias de la mujer, y  
cuantas manifestaciones origina el  
agotamiento nervioso.

\*\*\*

= BOVEDA (Lugo) =

## GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias -:- España.



Vista del Hall del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y  
confort, capaz para 100 habitaciones.

Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los  
primeros del Extranjero.

Dormitorios de lujo inusitado. — Braserie en el Hotel. — Orquesta en  
el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurba-  
nos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden. — Servi-  
cio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

## CALLOS

Si sufre usted de los pies  
es porque quiere. Compre  
hoy un tarro del patentado

## UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá us-  
ted libre de callos y du-  
rezas, juanetes y ojos de  
gallo. Pruébalo y quedará  
asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. - Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID

